

CARTILLA TIPOGRÁFICA PARA AUTORES

Responsabilidad y buenas maneras en la imprenta

(Andrés Escapa, Pablo)

Un repaso a la bibliografía de Fernando Huarte Morton incluida en este pliego nos revela el perfil intelectual de un bibliófilo entregado durante años a poner orden en la literatura producida por varios de nuestros mejores escritores: Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre y Camilo José Cela -especialmente este último- son presencias constantes en la labor bibliográfica de Huarte.

Sin desatender a cuestiones filológicas que importan a neologismos de Unamuno pero también al español coloquial -véase la décima entrada de la bibliografía, un título y una materia revisados periódicamente durante más de una década-, o a un vocabulario castellano del siglo XV, hay un apego práctico, de ciencia aplicada vale decir, en la obra de Huarte que destaca de manera muy particular. Tal vez su ascendencia anglosajona tuviera algo que ver en esta propensión, que se declara en títulos tan diáfanos con sus intenciones como «La descripción de los libros raros» (1977), *Los libros de casa: formación y cuidado de una biblioteca* (1984), «El libro, el bibliotecario y el lector de fondo antiguo en la biblioteca» (1987) o *Uso y disfrute de diccionarios y enciclopedias* (1992). De esa misma familia de textos pensados para resolver problemas propios del trato diario con los libros, o para iluminar aspectos lúdicos de letras a menudo despachadas sin contemplaciones como plúmbeas -¿querría Huarte acercarnos al privilegio de Borges: confesar que disfrutamos honestamente leyendo enciclopedias?-, traigo brevemente aquí un título de 1955 que es un placer intempestivo vindicar ahora: *Cartilla de tipografía para autores: preparación de originales y corrección de pruebas*.

Medio siglo después de su publicación, pervive en estas páginas una propuesta más vigente en lo ético que en lo estrictamente tipográfico. La edición electrónica y sus recursos han hecho menos urgente el aparato de signos y la obsesión por dejar advertencias para el editor en los márgenes de un original. Pero no han abolido la deuda con la perfección ni el uso de buenas maneras que debe inspirar todo trato con el texto que se confía a otras manos. La idea es, o ha sido hasta hace nada, hija del respeto por el trabajo manual y la rectitud. *El Syntagma de arte typographica*, de Caramuel, otra cartilla para bien imprimir publicada en 1664, madrugaba al exponer esta doble obligación: las palabras que cierran el prólogo declaran que el tratado ve la luz por servir de gobierno «a manos y a conciencias». Las manos son de autores y la conciencia se reserva a los buenos oficios -y a la honradez- del impresor.

Quaestiones artificiales y quaestiones morales se reparten la doctrina de Caramuel sobre cómo imprimir de la mejor manera posible. La cartilla de Fernando Huarte es herencia de esa dualidad o de esa concordia que hoy conviene reclamar especialmente en lo que toca a los aspectos éticos de la edición, incluida la responsabilidad de los autores a la hora de presentar cuerdamente sus textos. Reconocía Caramuel la deuda de los que quieren publicar libros con los editores y la necesidad de corresponder a ese servicio facilitándoles el trabajo. También Huarte dirige su cartilla a los autores -no hay más que ver el título- y lo hace apelando al compromiso que tienen contraído con la buena presentación de su trabajo y la atenta vigilancia de su proceso editorial para

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVII, 65 (septiembre-diciembre, 2011)

lograr el mejor resultado posible. Es decir, aspectos técnicos (cuestiones artificiales) unidos a derivaciones éticas (cuestiones morales).

La primicia de la *Cartilla de tipografía para autores* estriba hoy, me parece a mí, no tanto en la cualidad del destinatario

como en la representación social de quien encarnaba esa condición en 1955. Las observaciones de Huarte tenían la esperanza de interesar a «eruditos, periodistas, médicos, abogados, jefes de oficina, novelistas y, en general, a todos los que han de enviar a imprimir sus trabajos». «Orientación» es el sustantivo que él emplea a la hora de expresar las aspiraciones del manual. Y es en esta modestia y en la declaración de los oficios que ejercen los destinatarios ideales de la cartilla donde el paso del tiempo ha venido a poner su rigor sobre la letra. Me temo que el espectro social que se relaciona profesionalmente -es decir, responsablemente- con la escritura ha mermado hoy en día con respecto a la enumeración de Huarte. Pero también pudiera ser que la mengua esté en el grado más que en el número. Tengo la impresión de que ahora importa menos lo que el novelista y el médico o el periodista y el abogado tienen que decir -y no digamos ya cómo lo dicen- que el hecho de que sea el representante de una profesión liberal bien considerada quien lo dice. Huarte insiste en la responsabilidad del autor frente a su texto, en la limpieza del original, en la corrección del estilo y en la pulcritud que debe exigirse del material gráfico: «el texto más sencillo, escrito e impreso con gusto, constituye

muchas veces una obra de arte». Lo dice Huarte por el original que se entrega a la imprenta. La edición digital no ha suprimido ese trámite ni debe prescindir de la cortesía de presentar los textos de la manera más limpia posible, aunque se envíen en un soporte electrónico y las intervenciones para corregirlos no dejen huella del tortuoso esfuerzo del editor literario. Para la honradez del trabajo no hay edad; ni cartilla tipográfica que apelando al buen oficio de las manos y las conciencias rebaje su compromiso con la perfección.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVII, 65 (septiembre-diciembre, 2011)